



Gacelas de arena

Poesías árabes de la Edad de Oro

Edición, introducción y traducción
MARGARIDA CASTELLS CRIBALLÉS

POESÍA
en voz de mujer

Gacelas de arena

Poesías árabes de la Edad de Oro

Edición, introducción y traducción
MARGARIDA CASTELLS CRIBALLÉS



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la edición, introducción y traducción: Margarida Castells Criballés, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta
Primera edición en Austral: marzo de 2020

Depósito legal: B. 1.492-2020
ISBN: 978-84-08-22494-5
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas
Printed in Spain - Impreso en España

Índice

Aclaraciones sobre el sistema de transcripción utilizado.	7
Introducción.	11
Las autoras y sus textos	37
Layla bint Lukayz, Norte de Arabia, m. hacia 483 .	39
Safía bint Thálaba, Iraq, s. vi.	47
Al-Khansá Najd, Arabia, m. hacia 644	51
Maysun bint Bahdal al-Kalbía, Siria, siglo vii.	65
Hawa de Medina, Medina-Basora-Siria, s. vii.	69
Layla al-Akhyalía, Iraq, m. entre 704 y 709.	73
Nafisa al-Sahmía, Arabia, primera mitad del s. viii	81
Utba de Medina, Arabia-Siria, primera mitad del siglo viii	85
Rabía al-Adawía, Basora, m. 801	89
Gádir, Bagdad, m. hacia 787	97
Dananir al-Barmakía, Kufa-Bagdad, segunda mitad del s. viii	101
Inán, Yamama, Arabia-Bagdad-Egipto, m. entre 840 y 845	107
Ulaya bint al-Mahdi, Bagdad, 777-828	113
Rasha, Bagdad, primera mitad del s. ix.	121

Badl, Medina-Basora-Bagdad, primera mitad del s. ix	125
Mutáyim al-Hishamía, Basora-Bagdad, primera mitad del s. ix	131
Arib al-Mamunía, Bagdad, 797-890	137
Mahbuba, Basora-Samarra, s. ix, m. después de 861	143
Khuzama, Bagdad, segunda mitad del s. ix.	153
Nábat, Bagdad-Samarra, segunda mitad del s. ix.	157
Thawab al-Hanzalía, Hamadán, s. x	161
Tayf de Bagdad, Bagdad, s. xi	167
Wallada bint al-Mustakfi, Córdoba, m. 1091	171
Hamda bint Ziyad, Guadix-Granada, s. xi o xii.	181
Shuhda bint al-Ibari, Dinawar, 1089-Bagdad, 1178	187
Salma bint al-Qaratisi, Bagdad, s. xii.	193
Taqía bint Abulfaraj Gayth, Damasco, 1111- Alejandría, 1183	197
Hafsa bint al-Haj al-Rakunía, Granada, 1135- Marraquech, 1191	201
Hind, Xàtiva, primera mitad del s. xii.	209
Sara al-Halabía, Alepo-Fez, segunda mitad del siglo xiii	213
<i>Bibliografía</i>	219
<i>Índice de títulos y primeros versos</i>	231
<i>Índice alfabético de títulos y primeros versos</i>	241

LAYLA BINT LUKAYZ, Norte de Arabia, m. hacia 483

Layla bint Lukayz es una figura legendaria, heroína de una historia popular cuya elaboración literaria ha sembrado dudas sobre la existencia real de esta poeta y la autenticidad de los versos que se le atribuyen. No se trata de un caso particular, sin embargo, ya que prácticamente toda la producción de los vates preislámicos —inscrita en la nebulosa del mundo árabe antiguo y solo documentada a partir de la época abasí— ha sido, y es, objeto de las mismas sospechas.

Según la tradición clásica, Layla vivió en el siglo v, siglo al que se remontan los poemas más antiguos conservados de la literatura árabe y también muchos relatos de hazañas guerreras que tienen como tema central la lucha contra los persas del Imperio sasánida. La historia de Layla bint Lukayz y la composición poética más célebre de esta autora, como veremos, responden a un sentimiento de hostilidad hacia los persas, y extensible hacia los «no árabes» en general, que va mucho más allá de las circunstancias de un determinado momento histórico.

Mucho tiempo después, en el siglo xix y en un contexto histórico bien distinto —durante el renacer de las letras árabes del último período del Imperio turco otomano y el

auge de la erudición orientalista—, historiadores e investigadores de la literatura árabe, como los libaneses Iskandar Abkarius (1826-1885) y Louis Cheikho (1859-1927), recuperaron los versos de Layla y los editaron en artículos y antologías. Cheikho, incluso, llegó a proponer el año 483 como fecha (aproximada) de muerte de la autora. Las fuentes clásicas, por otra parte, son precisas —aunque tal vez no se trate de datos reales— a la hora de detallar una genealogía que da cuenta y razón de un noble linaje, de pura cepa árabe. Su nombre lo deja claro: Layla bint Lukayz ibn Asad ibn Rabía ibn Nizar ibn Maad ibn Adnán. El último nombre de la serie, Adnán, remite al patriarca epónimo de varias tribus extendidas por el oeste, el centro y el norte de la península Arábiga. La rama de los Banu Rabía, a la que pertenecía Layla, se había establecido en el siglo v en la Arabia septentrional y el sur del actual Iraq, territorios fronterizos de los dos imperios que entonces se disputaban la hegemonía en la zona: el bizantino y el sasánida.

El relato tradicional recogido por las mismas fuentes, y que viene siendo reproducido a guisa de nota biográfica sobre la poeta, cuenta que Layla era una joven muy bella y que, al llegar a edad casadera, su padre empezó a recibir ofertas de matrimonio por parte de príncipes y monarcas, árabes y persas. El noble Lukayz, finalmente, decidió aceptar la proposición de un rey yemenita llamado Amr ibn Sahbán, pero Layla rehusó someterse al plan paterno puesto que estaba enamorada de un primo suyo, Barraq ibn Rawhan, que la correspondía y deseaba casarse con ella. Entre los pretendientes persas, hubo un príncipe que, despedido por el rechazo del que había sido objeto, decidió vengarse y secuestró a la joven con la ayuda de un oscuro personaje, un mestizo llamado Burd ibn Iyad. Durante el cautiverio que sufrió a manos del príncipe persa, Layla compuso la casida «Si los ojos de Barraq pudieran ver»

(«Layta lil-Barraq aynan fayara») en la que lamentaba su situación con imágenes muy descarnadas sobre el mal trato al que sus captores la estaban sometiendo, y en la que reclamaba la ayuda de su primo Barraq y la de sus hermanos para que acudieran a socorrerla. La narración del episodio concluye diciendo que Barraq fue quien tomó la iniciativa de organizar la expedición de rescate, consiguió liberarla y, realizada la proeza, obtuvo el consentimiento de Lukayz para casarse con su amada.

De entrada, esta poesía nos sitúa plenamente en el mundo de costumbres y valores de aquellas sociedades en las que el grupo familiar o tribal está obligado a responder ante cualquier afrenta contra uno de sus individuos. Asimismo, el poema alude a un contexto histórico y territorial concreto: los árabes instalados en territorios fronterizos con el Imperio sasánida debían optar entonces entre negociar con sus vecinos o declararles su hostilidad, y la casida de Layla no solo manifiesta una clara preferencia por la confrontación con los persas, sino una dura crítica a los árabes que establecían pactos y alianzas con ellos. Más allá de la queja por el cruel trato al que la somete su raptor, los versos de Layla se expresan en la crítica a los hombres de diversos clanes árabes por su dejadez en asumir las obligaciones que les corresponden según sus propios códigos de honor. La autora, por otro lado, actúa de acuerdo con lo que se espera de una mujer noble en tales circunstancias: a pesar de todo lo que padece, no muestra ningún signo de docilidad ante los que pretenden humillarla y mantiene su dignidad. Todo ello le otorga legitimidad para exigir un comportamiento igualmente honorable por parte de los hombres de su familia y, para lograrlo, apela a uno de los atributos máspreciados por ellos, el ardor guerrero, prueba de virilidad, a la vez que, para terminar, menciona uno de los peores sentimientos que un hombre puede experimentar si no se atiene a esos valores: la vergüenza.

Por la actitud de firmeza que manifiesta en esta composición, la poeta mereció el apodo de *al-Afifa* —«la Honesta» o «la Casta»—, por lo que también es conocida como Layla al-Afifa en la historia de la literatura árabe. Algunos comentaristas han subrayado el perfil heroico de la autora, acentuando el atributo de la castidad, que sostienen que era modélico para las jóvenes árabes nacidas libres que debían mantener su virginidad a toda costa hasta el matrimonio —hasta casarse con Barraq, en el caso de Layla—, aunque esa es una lectura bastante sesgada de los primeros versos del poema. Como sea, en conjunto, esta antigua casida de Layla bint Lukayz ha demostrado una capacidad notable de adaptación a contextos distintos del tiempo y el espacio en los que, en principio, se inscribe. Obviando la anécdota concreta que explica su motivación, el texto fue reutilizado en el momento de la reclamación de independencia de los territorios árabes ocupados por el Imperio turco otomano. Más adelante, el nacionalismo árabe de los siglos xix y xx lo incorporó también a su particular simbología de lucha contra el colonialismo europeo más reciente y, donde antaño se leyera «persa» —al interpretar el término *ajami* del original (en el sexto verso de la casida)— entonces se leyó, simplemente, «extranjero».

En el Egipto moderno, por ejemplo, y antes de la revolución encabezada por Gamal Abdel Násser contra el intervencionismo británico en la política del país, la casida vio remozada su popularidad. El músico cairota Mohamed el-Qasabgi (1892-1966) compuso una melodía para la letra del poema, una canción que, interpretada por la célebre cantante de origen sirio Asmahan (1912-1944), se estrenó en 1938 y obtuvo un gran éxito. Un año antes, la cineasta alejandrina Bahega Háfez (1901-1983) había realizado un *biopic*, titulado *Layla bint al-sabara* («Layla del desierto»), en el que dramatizaba la vida de la autora. Bahega Háfez fue productora, directora, guionista, autora de la banda musical

y actriz protagonista de la película. La presentó en los festivales cinematográficos de Berlín y Venecia, donde fue bien recibida por el público y la crítica, aunque no tanto por los representantes oficiales iraníes en Alemania e Italia, que, sin entender de alegorías, presentaron quejas a la organización del festival de Venecia y a la embajada egipcia en Italia para que el filme fuera retirado. La cinematografía y el teatro árabes contemporáneos han seguido produciendo más versiones sobre la leyenda de Layla, en las que el poema «Si los ojos de Barraq pudieran ver» mantiene su vigor simbólico.

Además de este poema, cuyo contenido se adecua perfectamente a los convencionalismos del género *tahrid* —de incitación a la venganza—, muy cultivado por las poetas de la *Jabilía*, se conocen otras tres casidas atribuidas a Layla bint Lukayz: una oda a mayor gloria del caballero Barraq, una elegía fúnebre en memoria de Garsán, hermano del anterior, y un poema breve en el que alude al triste momento de la separación de un ser querido.

1

SI LOS OJOS DE BARRAQ PUDIERAN VER

¡Ah!, si los ojos de Barraq pudieran ver
las atrocidades que soporto, ¡tanto dolor!

Kulayb, Uqayl, hermanos míos, ¿dónde estáis?
¿Y tú, Junayd? ¡Llorad conmigo, por favor!

Vuestra hermana, infelices, es víctima
de tormentos indecibles, día y noche sin cesar.

Sujeta con grilletes y cadenas, con palos
la golpean en lo más palpable de su castidad.

Encadenada, engrilletada, me infligen
todos los suplicios que podáis imaginar.

El persa¹ miente cada vez que se me acerca,
pocos son los alientos de vida que me quedan.

Odio tanto su iniquidad como vuestra desidia,
ya solo de una muerte digna espero certezas.

¡Eh, los de Kahlan!, hombres de rancio linaje,
¿tal vez no guiáis hasta nosotros a los persas?

¡Los de Iyad!, vuestras fuerzas flaquean,
confusos vais tras Burd,² el mestizo que os ciega.

¿Y los de Ayás?, ¿acaso una vez no cortaron,
a los de Adnán, los hilos de la esperanza sin razón?

Paciencia y firmeza pongo a prueba,
cabe esperar la victoria después de lo peor.

A Layla, las manos le han engrilletado,
como si poderoso rey de reyes fuese.

1. En el original, el término utilizado es *ajami*, que también significaba «extranjero» en general —un concepto muy cercano al que connota el *barbaros* griego—, usado entonces para referirse a cualquier persona que no fuera de origen árabe. Lo traduzco como «persa» atendiendo al marco histórico en que suele situarse la composición de la casida y a las circunstancias específicas que, según la leyenda, envolvieron este episodio de la vida de Layla bint Lukayz.

2. Burd ibn Iyad, el hombre que, como se remarca en el hemistiquio, no era árabe de pura cepa y llevó a cabo el secuestro de Layla por encargo del príncipe persa que había pretendido casarse con ella.

La exhiben públicamente, encadenada,
la obligan a cometer vilezas de toda suerte.

Decid a los de Adnán: ya conocéis el camino,
aprestaos a tratar a esos infames como merecen.

Plantad vuestros estandartes en sus tierras,
blandid las espadas y, a plena luz del día, ¡atacad!

Descendientes de Taglib: ¡Marchad y venced!.,
libraos de tanta dejadez, de tanta indolencia.

Cuidado: la vergüenza os pisa los talones
y, si pronto no actuáis, os pondrá en evidencia.